



a Benito Juárez que hay en la ciudad. Se sintió agradecido de que sus clases no se vieran interrumpidas por el paro y que pudiera presentar ese día el examen final para el que tanto estudió. Si lo pasaba, en unas cuantas semanas recibiría su certificado y tal vez podría regresar unos días con su familia, a escuchar las tantas historias que se sabía el abuelo; a sentir la temperatura de la mano callosa de su madre acariciando su cabeza. La ciudad no le gustaba, extrañaba el olor del campo de azucenas en su pueblo y de la roza para preparar la siembra, el mugir de los becerros y el cantar de los gallos, las notas perdidas de la banda del templo recorriendo desde el atrio la cordillera de cerros hasta enmudecer; extrañaba los ladridos solitarios de su perro negro que lo acompañó por las veredas para sentarse durante horas arrullado por el rumor del caudal de un río eterno. El único humo que recordaba era el de la leña con la que se cocían los frijoles y las tortillas de mano; a cambio ahora tenía el de los autos circulando a toda prisa por el periférico y el que traía el viento por las noches cuando los manifestantes quemaban barricadas en las calles. Eso de extrañar duraba sólo un instante porque podía recurrir a sus lugares en cualquier momento, sin prisa, ahí estaban todo el tiempo, en su mente. Ahora se concentraba en repasar la construcción de las oraciones: sujeto, verbo, predicado, modificador directo, modificador indirecto; pronombres personales: mío, tuyo, suyo, nuestro...

Buscó el puesto de dulces de Elvira para pedir un cigarro suelto. Elvira venía varias cuadras atrás arrastrando un carrito de mandado lleno con su mercancía. La imaginó acercándose. Pensó en su voz adolescente, en el cálido tono de esa voz honesta, que se entrecortaba cuando le regalaba

cigarros sueltos y una que otra golosina por las mañanas, que de pronto parecía vibrar como un pájaro atrapado en un puño cuando se dirigía a él y le preguntaba qué era lo que le enseñaban en la escuela porque ella no tuvo la oportunidad de aprender a leer y escribir; apenas y tenía cabeza para hacer cuentas de lo que tenía que cobrar por tres cigarros, dos chicles, una paleta y un chocolate. Y él le practicaba todas las mañanas, porque conocerla con exactitud a partir de su voz le daba confianza. Incluso repasaban juntos las tablas de multiplicar, se sabían perfectamente hasta la del ocho. Esperó sentado en una de las bancas que encontró vacía, para ello tuvo que dar una vuelta y salirse de la ruta acostumbrada. Desde que había entrado la PFP a la ciudad cada vez eran menos los urbanos que circulaban; pensó qué tal vez no era buena idea subirse a tocar en uno de ellos pues con seguridad vendría atascado de gente y le costaría trabajo desplazarse a la hora de pedir la cooperación. Durante la luz roja del semáforo escuchó en la radio de algún auto que la megamarcha avanzaba lenta por casi un kilómetro del periférico. Elvira estaba cada vez más cerca de la esquina del Parque del Amor donde hacía menos de seis meses instalaba su puesto; caminaba de prisa pensando que tal vez sus padres, que para esa hora ya repartían nicuatole y arroz con leche en los comercios de la zona, se enojarían con ella por llegar tarde a ponerse.

Los camiones iban a tope, sus conductores rebasaban automóviles para subir a la mayor cantidad de gente posible y completar las rutas más rápido. El ruido de las bocinas pitando en todas direcciones opacaba incluso el de los motores. Uno de ellos venía pidiéndole a la gente que se acomodará, que atrás había lugar. No estaba de buen humor; había carga de tráfico en el cruce del Parque del Amor. Además, los de la compañía de urbanos recortaban personal cada vez que perdían unidades; unidades que pocas veces veían de vuelta, pues acababan grafiteadas y con los vidrios rotos cuando bien les iba. Temía, como todos los demás conductores, que los manifestantes tomaran la suya.

A pesar del sonido de las bocinas inundándolo todo, Benjamín repasaba algunos datos en su cabeza para el examen que haría en unas cuantas horas: gerundio, ando, iendo... Tenía hambre. Pero antes de empezar a trabajar quería escuchar la voz de Elvira, que de pronto apareció con su carrito de mandado a cuestras del otro lado de la calle. Ésta, al verlo, le gritó por su nombre, supuso que la estaba esperando. El conductor pegó su camión a la banqueta y aceleró para levantar a alguien que le hacía la parada a media acera. Benjamín olvidó que se había salido de su ruta habitual al sentarse en esa banca. Se levantó para encontrarse con Elvira, pero que el municipio le negara un nuevo bastón le impidió darse cuenta de que bajaría la banqueta. ~

